

“LA CIENCIA” NO EXISTE

Por: Luis Guillermo Quijano Restrepo*

* Licenciado y magíster en Filosofía. Contacto por medio del correo institucional: luisquijano@utp.edu

RESUMEN

En esta época pandémica (a causa de la COVID-19), es común hablar de “la ciencia” y de invocarla como salvación o esperanza para la humanidad. Sin embargo, no se evidencia en sus discursos, divulgados incontinentemente por los medios de comunicación, la unidad y *autonomía* esperada, que permita sobrellevar esta contingencia y dar claridad de lo que ello implica para la humanidad en general. Ello se debe a una presunta ausencia de pensamiento dentro de la comunidad científica, que genera la sospecha de un nuevo gobierno que se sustentaría en los enunciados científicos. Se busca con este artículo no solo reflexionar sobre la ciencia y la científicidad en relación con las actuales circunstancias pandémicas, sino también advertir de los peligros que representaría una sociedad epistemocrática.

Palabras clave: ciencia, filosofía, COVID-19, creer, religión.

De todo cuanto se ha dicho y escrito con respecto al virus que ha puesto hoy en jaque al mundo entero (al menos así nos lo han presentado los medios), la COVID-19, capta mi atención el lugar que ocupa “la –comúnmente llamada– ciencia” en este asunto y cómo nos la han querido mostrar los medios y en general la comunidad científica y académica. Parto de experiencias personales y de intuiciones, más que de teorías o conceptos. No pretendo tampoco demostrar nada, ni encontrar “la verdad” sobre estos asuntos. Me parece más importante aclararlos para mí y entonces así, proponerlos como una línea de pensamiento que pueda profesar y defender ante los demás. Las experiencias a las que me refiero ocurren cuando escucho discursos que nos piden, casi que nos gritan, que debemos “creer en la ciencia”. Estos discursos provienen de diferentes fuentes: medios de comunicación (María Jimena Duzán), intelectuales (Savater o Yuval Noha), escritores, políticos, incluso, tal vez, de usted mismo que me está leyendo o escuchando. No estoy juzgando, simplemente es algo que surge de cualquiera de nosotros, pero ya como un “hecho”.

Es inevitable pensar en la posición que tiene “la ciencia” al respecto, porque es esta precisamente la que “debería” responder por la situación actual. Obviamente, no le preguntaremos por el origen de este ser proteínico, sin vida y sin lenguaje, ni al político, ni al escritor, ni al filósofo, ni al economista, menos a cualquiera de nosotros. Tampoco les preguntaremos a ellos sobre una postura objetiva de cómo nos podemos salvar de este enemigo mudo. Al contrario, sería solo “la ciencia” la que ostentaría esta dignidad en primera instancia. Sin embargo, las respuestas que hasta ahora nos han dado los científicos y algunos grupos entre ellos¹, distan mucho de tener la última palabra al respecto. Esto también lo entendemos, en la medida en que hemos creído que, si “la ciencia” no tiene ahora la respuesta, pronto la tendrá. Parece que sabemos ya a priori, que se trata de un proceso que lleva tiempo y sobre todo mucha “inversión”. Así que, en ese sentido, tenemos cierta seguridad de que “la verdad” tarde que temprano aparecerá.

Volviendo “al grito” que he escuchado de muchos hombres y mujeres sensatos, académicos, cultos todos ellos, se me cruza siempre la pregunta de manera impertinente y molesta, como si un diablillo me quisiera acosar con su preguntadera: ¿Y de qué ciencia están hablando? ¿Cuál de todas? ¿O es que acaso la ciencia es una institución? ¿Será que hay una especie de institución centralizada capaz de determinar de manera unívoca, ciertas leyes, teorías, comunicados, acuerdos, resoluciones, etc., de carácter y contenido científicos?

1 Ni qué decir de la OMS que, desde el inicio de la pandemia, con sus erráticos y desatinados informes y protocolos, nos quieren hacer creer en una objetividad y seriedad, que poco honor le hacen a la comunidad científica en general.

—¡Sí, la hay! —dicen.

—Dígame, entonces —responde este diablillo— ¿dónde está?, ¿quién es su director, presidente, representante, funcionario, etc.? ¿Dónde funciona, opera, delibera, y decide?

—¡Son los científicos!

—¡Claro que hay científicos, claro que hay comunidades científicas! Lo que quiero indagar es por la existencia de un tipo de institucionalidad que los cobije. Ciertamente no la hay. ¿Acaso la unidad institucional de la ciencia es la implementación de su método científico? ¿No trabajan estos hombres y mujeres de formación científica, algunos para academias (universidades, institutos científicos), otros para empresas privadas (farmacéuticas, por ejemplo, industriales, cosmética, armamentísticas, etc.), otros para el Estado (organismos de inteligencia, de salud, fiscalías, oficinas criminalísticas, etc.), algunos pocos son independientes (si logran sobrevivir)?

Ustedes pensarán inmediatamente que es una cuestión que retoma la disputa entre realistas y nominalistas en la edad media. Discusiones estas que con desdén llamaban "bizantinas". No. No es un asunto meramente de nombres o de que la ciencia, por ser género o concepto universal, al no tener una singularidad, entonces simplemente no existe. Pienso en los nombres estado, religión, arte, en fin, que remiten a ciertas generalidades, pero que mal diríamos que no existen. Pero cuando se emplea el nombre de "la ciencia" nos remitimos a algo como si fuese indubitable y que no permite ningún tipo de cuestionamiento. Si, por ejemplo, ahora escuchase a alguien decir: "hoy el arte es basura", pues yo me sentiría tentado a preguntarle igual a quien acaba de decir esto: Oiga, ¿y a qué tipo de arte se refiere? ¿A las artes visuales, dramáticas o musicales? Es cierto, entonces, que en nuestro lenguaje corriente hay una tendencia a utilizar este tipo de generalidades, para expresar una idea más o menos homogénea que se contiene en la palabra misma. Hay, en todo caso, una especie de común acuerdo en su sentido.

Por supuesto que en este sentido de "ciencia", parece que se entiende de aquellas ciencias que han llamado "duras" (¡y sí que lo son! Como las matemáticas, la física, química y, en general, las ciencias exactas y empíricas); no caben, en tanto, aquellas otras ciencias que pertenecen a ámbitos como las humanidades o lo que se conoce también como "las ciencias sociales" o despectivamente también llamadas "ciencias blandas". Estas no pertenecerían a este grupo selecto, por la simple razón que no incluyen

en ella el exclusivo método científico. Por supuesto, este tipo de ciencias que llaman despectivamente “blandas” no tendrían un criterio de “verdad” o de objetividad al no emplear ni el método ni la demostración empírica. Estamos ante una sociedad eminentemente “científica”, “dura”, que no permite “interpretaciones”, procedimiento tan afín, en cambio, a las ciencias sociales.

Pensamos en este tipo de ciencia como aquella actividad que busca la objetividad absoluta, la evidencia, por medio de la observación y la demostración empírico-matemática, cuyos juicios se limitan a dar cuenta de procedimientos y resultados obtenidos, sin ningún tipo de rodeos o “retórica” superficial. Sin embargo, también “la ciencia” debe poder “predecir” los eventos y acontecimientos puesto que en la ciencia se trata, según algunos teóricos, de encontrar las leyes que rigen el universo en su constitución y su devenir. La científicidad consistiría también en encontrar aquellos “paradigmas”, que permitan una explicación adecuada y la más completa de ciertos eventos u objetos de estudio científico. De hecho, si estos no funcionan, se origina una “crisis” y deben reformularse o buscarse otros paradigmas, incluso hasta ocasionar una “revolución científica”, que respondan más adecuadamente a las necesidades científicas de cada época (Kuhn, 2004). La ciencia, en este sentido, responde también a contextos histórico-culturales que permiten ver de cierta manera y no de otra. No habría pues, un acumulado o progreso científico lineal como lo propuso en su momento Popper.

Ahora bien, como en la definición de ciencia, consignada en algunas enciclopedias, aparece también esa facultad de poder “predecir”, parece que además de buscar su pretendida objetividad, debe también anticipar los acontecimientos futuros, a partir de la idea milenaria (y esta si no cuestionada por dicha comunidad) de que la *episteme* debe aspirar a neutralizar, sino a eliminar, lo contingente o azaroso del universo que siempre está amenazando y acechando la continuidad de nuestra existencia. Para la comunidad científica, insistimos, hay una especie de “esperanza” implícita que le permite justificarse en cuanto que, si no da respuesta a todo, es porque no cuenta todavía con los instrumentos o el conocimiento apropiado para explicar cualquier tipo de fenómenos, incluidos los llamados “milagros” o sucesos “paranormales”. La esperanza es que algún día lo podrá explicar. Y con respecto al azar, al pretender formular leyes para los fenómenos de la naturaleza, espera, igualmente, conjurar lo inexplicable o caótico en un futuro no muy lejano. Esto era muy claro hasta inicios del siglo XX. Luego de la gran teoría cuántica y de la relatividad, esta esperanza, asumió otros matices menos absolutistas, pero no menos pretensiosos.

Se insiste, por ejemplo, en una “teoría unificada de la ciencia” de la cual se sabe que tanto Descartes (1993) como Leibniz (1983) en el siglo XVII, aspiraban realizarla. Sin em-

bargo, dicha teoría no es la que se concibe todavía como "la ciencia". Dicha teoría solo está formulada, aún no se ha concretado y mucho menos se ha institucionalizado. Es, por decirlo así, todavía un "imaginario". No obstante, parece que los científicos se lo creen y llevan este imaginario a ensartar incluso en sus discursos, temas u objetos de estudios, tan ajenos a "la ciencia", como los que hacen parte de la teología, la filosofía y, en general, de aquellas otras áreas del conocimiento que ellos han considerado como pura "cháchara", "oscurantismo", etc. Casos hay muchos y uno de ellos, el más emblemático, fue el de Stephen Hawking (1988) quien se dedicó prácticamente en sus escritos (al menos en sus trabajos de divulgación científica) a negarle a Dios un lugar en el Universo, como si el objeto de su estudio fuera el de demostrar la no existencia de Dios. También hablan de moral y de estética como parte de su saber; y así repiten una vez más, como ocurrió con la teología y la filosofía con respecto a las demás ciencias, el considerar a todas las demás ramas del saber simplemente como "*ancilla scientiae*" y por ello se arrojan la licencia de hablar de sus temas como si fueran los suyos.

A este tipo de discursos yo les llamaría "colonizadores". Y no es que conciba los saberes cerrados, sin ventanas, como las mónadas leibnizianas. Es posible un diálogo de saberes, pero en la medida en que dichos saberes formen parte de manera paritaria (mas no parasitaria) en cualquier investigación seria. Por ello no sería difícil (y ya lo vivimos) que hoy le otorguemos la última palabra a esta "ciencia", no solo sobre los temas y objetos de estudio que a ella le conciernen, sino también que le pidamos su veredicto sobre temas relacionados con la moral, la religión, la política y sea ella la que determine, como en una especie de "nuevo tribunal de la razón", todo cuanto concierne a nuestra vida privada y pública (esto lo constatamos en los "muy serios" estudios científicos, por ejemplo, sobre qué produce la felicidad o qué nos hace felices, o si tomar tal droga o someternos a x o y tratamiento nos garantiza una mejor vida, eso sí, todo desde el más acá).

Y es que, además del azar, la ciencia pretende desterrar la creencia, la fe y considerarla como un pseudoconocimiento o simplemente como lo contrario del conocimiento científico. El principio científico es precisamente, desde Aristóteles mismo, indagar por las últimas causas. Pero, para la ciencia moderna, no basta que sean formuladas a priori, sino que sean constatadas y verificadas a posteriori, es decir, por la experiencia científica. La ciencia descansaría entonces sobre principios o axiomas que no pueden ser refutados y, por el contrario, exigen tomarse como verdaderos, paradójicamente, sin haberse demostrado. A partir de estos axiomas, no obstante, se construye todo el engranaje de las teorías científicas, propiamente. Es por eso definitivamente ridículo, pedir que se "crea" en la ciencia, cuando es ella misma la que nos ha enseñado

precisamente en no creer en nada de lo que no sea demostrable. Es decir, para ser consecuentes con el cientificismo que proclamamos muchos de los intelectuales, científicos o académicos, deberíamos verificar por nuestros propios medios todo aquello que se nos da como verdadero. Aquí, de nuevo, aparece el ejemplo paradigmático de Descartes, quien, sabemos, puso en duda todo aquello que le había sido dado como verdadero (incluida la ciencia de su tiempo). No es sano creer en la ciencia, simplemente porque ella misma rechaza todo fideísmo o creencia y afirma solo lo que es demostrable por medio del método científico. Al menos ¡Seamos coherentes!

Así que NO CREO EN “LA CIENCIA”, simplemente porque ella me ha enseñado y me exige que solo lo verificable de manera empírica o matemática sea considerado como verdadero conocimiento. Se me puede objetar que solo se puede creer en sus enunciados cuando ya han sido anteriormente demostrados. Aun así, igual tenemos que hacer un acto de fe al “creer” que dichas demostraciones REALMENTE se dieron. Tampoco puedo creer ni aceptar un supuesto tribunal científico que determine qué debo o no hacer con mi vida. Pareciese que entramos a una época de carácter epistemocrático, si pudiéramos decirlo así, y sería aquella en que la ciencia administraría y gobernaría nuestra vida.

Igualmente está presente, de alguna manera, la idea según la cual “la ciencia” es la que nos va a salvar de una especie de hecatombe o catástrofe mundial, en la medida en que, por medio de la tecnología, llegará a construir artefactos que nos “libren”, por ejemplo, de futuras calamidades cósmicas como meteoritos o que proveerá los medios, al menos, para una migración (exclusiva y excluyente seguramente) a otro u otros lugares extraterrestres. Hay en todo caso, una especie de promesa de felicidad en “la ciencia”, que está amparada en los desarrollos tecnológicos que, supuestamente, nos haría la existencia más confortable y feliz. La ciencia no estaría lejos con esto de afianzarse como una “nueva religión” esta vez con presunción objetiva.

¿Dónde está, entonces, “la ciencia”? ¿Dónde encontramos los criterios unánimes científicos? ¿No tenemos que vérnosla ahora, precisamente, en estos tiempos pandémicos, con posiciones dispares y hasta contradictorias, pero en todo caso, científicas? ¿Es de «fiar” hoy en día la ciencia?

A partir de lo anterior, diré algo que podrá ser tenido como salido de casillas: “LA CIENCIA” NO EXISTE. Y no existe, no porque no se pueda creer en ella, sino porque hoy, la ciencia no existe independiente del poder, de las corporaciones, de las ideologías. Es decir, parece que la ciencia no es autónoma, sino que depende de otras instituciones

o circunstancias relativas. Quiero por ello traer a colación una respuesta a la pregunta que le hicieran a Heidegger por la relación entre ciencia y filosofía, con lo que el filósofo no duda en afirmar: "la ciencia no piensa". Una frase lapidaria que hace estremecer hasta los más "duros". Cito literalmente la situación:

P. ¿Cómo concibe la relación de la ciencia con la filosofía?

Heidegger: es una pregunta muy difícil. La ciencia está en vías de extender su poder a toda la tierra. Pero la ciencia no piensa. Pues su marcha y sus medios son tales que no puede pensar [...]

P. Usted dice: "La ciencia no piensa". ¿No es una afirmación ofensiva?

Heidegger: ciertamente, pero la ciencia no logra nada sin el pensamiento. Y como lo he repetido en mi enseñanza: la cosa más importante de nuestra época es que no pensamos aún verdaderamente

P. ¿Qué quiere decir?

Heidegger: es posible que después de siglos, el hombre haya actuado demasiado y pensado muy poco. En un mundo que da cada vez más que pensar, el pensamiento no siempre existe. (Habermas y Díaz-Báez, 1970, p. 90)

En otro texto suyo, *Serenidad*, anterior a esta entrevista, Heidegger le concede un cierto modo de pensamiento a la ciencia, cuando se refiere al peligro que acecha a la humanidad (hablamos de los años cincuenta) al privilegiar, cada vez más, y en todos los niveles, el *pensamiento calculador* (o sea el científico), sobre el *pensamiento reflexivo* (que es el de la filosofía). Conectando con nuestra reflexión anterior a esta cita, donde mencionábamos que la ciencia no se concibe sino en *relación con* (el estado, las corporaciones, etc.), entonces afirmamos que por ello no podemos pensar aún en una *autonomía* científica.

Cuando hablamos, entonces, de "la ciencia" ¿de qué estamos hablando sino quizás solo de un tipo de discursos que valida una o varias de tantas comunidades científicas? Y entre estas comunidades científicas, ¿no están las que trabajan para grandes corporaciones, para Estados, para intereses particulares y muy pocos para intereses comunes? Aquí creo que tendríamos entonces que aceptar que el discurso científico no es ni puede ser unificado, homogéneo, unánime y mucho menos "objetivo" de

manera absoluta, pues es inevitable no tener algún tipo de, como antropológicamente se denomina, “ideología”. Es decir, los discursos científicos son también discursos ideológicos, que ya no solo responden a ideologías políticas, sino, peor aún, a ideologías² de mercado.

Los discursos científicos hoy más que nunca responden a ciertas contingencias y condiciones extra científicas. Empresas o multinacionales que lanzan sus productos, disponen de sus propios científicos, que avalan ante la comunidad en general los beneficios de sus productos o los inconvenientes que generan no consumirlos. Se me objetará que actualmente el público en general está advertido de los perjuicios de algunos productos, etc., pero esto ha sido más por presión de la comunidad y de algunos científicos independientes, que han logrado contradecir las bondades de algunos descubrimientos. También se sabe que en el mundo científico pesa en sobremanera el aspecto económico, en tanto cada invento, al patentarse, genera unos beneficios pecuniarios vitalicios a quienes lo produzcan. De aquí la importancia actual de los derechos de propiedad intelectual, que se terminan apropiando las empresas y se vuelven dueñas de bienes, que deberían ser patrimonio de la humanidad, como semillas, avances científicos y técnicos que, si se aplicasen justamente, generarían más equidad y bienestar al mundo entero en problemas de salubridad, higiene, nutrición, educación, etc.; se acabarían las hambrunas, las sequías no tendrían efectos tan devastadores sobre la naturaleza y los hombres; al igual las epidemias y pandemias podrían ser detenidas con mayor celeridad. Sabemos que esto no ocurre, por la simple razón que todo esto tiene su dueño (sea un Estado, sea una corporación, etc.).

Advierto que no tengo afinidades electivas con las famosas “teorías conspirativas” que, supuestamente, pretenden desvelar intenciones ocultas y malvadas detrás de todo acontecimiento político, científico, social, etc., que afectan a la humanidad de una u otra forma. El problema de aquellas es que, lejos de tener una postura crítica y realmente investigativa, se basan en aspectos parcializados o equívocos, que permiten vislumbrar ciertos quiebres o fisuras en determinados mensajes o acontecimientos. Particularmente, creo que la mayoría de estas teorías conspirativas generan una especie de “endiosamiento” de algunos poderosos quienes actuarían como una “mano negra” detrás de todos estos acontecimientos y por ello, de alguna forma, crean la fal-

2 Con el término “ideología” no ahondaremos por limitaciones de tiempo y espacio. Baste con decir que con este término nos referimos a un conjunto de ideas que apuntan a representaciones “alienadas” (o imaginarias) condicionadas por razones de orden social, político, económico y cultural. Por ejemplo, desde el punto de vista marxista, la ideología es “una falsa conciencia que nos permite ver las cosas tal cual como son en realidad” (Estenssoro, 2006, p. 99). Por su parte, Althusser, lector de Marx, va a referirse a que el sujeto es esencialmente un animal ideológico por naturaleza, de tal manera, que la ideología vendría a ser una representación de la “relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia” (Estenssoro, 2006, p. 102).

sa opinión que son todopoderosos y que traman de manera perfecta unas estrategias que terminan en beneficio propio. Algunas, no lo niego, parecen muy bien "datiadas" como se dice vulgarmente, es decir, tienen una buena información de base, pero hacen creer, en todo caso, que hay detrás de todo evento impactante para la sociedad, fuerzas oscuras omnipotentes que lo controlan todo. Casi que me atrevería a pensar que este tipo de teorías pudieran estar patrocinadas por aquellos mismos personajes macabros que estos cuentos delatan. La mala publicidad, termina siendo la mejor publicidad, al fin y al cabo. No creo entonces tampoco en estas pseudo investigaciones porque son igualmente manipuladoras de la opinión y sesgadas en sus resultados.

Finalmente, quisiera dejar sobre el tintero algunas inquietudes que me han asaltado sobre este suceso inédito para la historia de la humanidad.

El primero y más perturbador es que "la ciencia" como la llaman, no ha hecho más que balbucear sobre algo que, o bien no conoce aún, o bien oculta haber conocido (tanto peor), por ello no se han podido poner de acuerdo ni en el origen, ni en la sintomatología, ni en la composición misma de la COVID-19, mucho menos en la manera de combatirlo; los medios, en tanto, se encargan de bombardearnos con miles de hipótesis todas ellas incluso contradictorias, que provienen, supuestamente, de diferentes comunidades científicas. No hay, en todo caso, una postura unánime de los científicos, por las razones antes expuestas. La búsqueda urgente de la vacuna que realizan diversos países, más que por razones humanitarias, obedecen sobre todo a razones de hegemonía y de dominio de mercado. Cabe recordar que, coincidentalmente, esta pandemia nace en medio de "la guerra comercial" entre EEUU y China. Puedo observar que las comunidades científicas, más atareadas en satisfacer mercados, caprichos de estadistas y políticos psicópatas, preocupadas más en crear armas sofisticadas o competir por la carrera espacial; ocupadas en satisfacer compulsiones y embelecocos derivados de un consumismo salvaje de los ciudadanos, olvidaron prever y dar soluciones a catástrofes dizque ya avizoradas y previstas por la misma ciencia (¿entonces por qué no actuaron?). Son los científicos quienes tienen que darnos explicaciones sobre estos nefastos sucesos. Ellos no son víctimas, son más bien, junto con los mandatarios de las superpotencias, los responsables de nuestra debacle (no solo pandémica sino también ambiental, no se nos olvide), pues se durmieron en investigaciones que buscaban más calmar apetitos insaciables, que en buscar reales soluciones a las verdaderas necesidades. Los científicos se convirtieron, más bien, los "ayudas de cámara" de los gobiernos y de las multinacionales.

Esto, junto con las "falsas noticias" y las "teorías conspirativas", está generando un caos informático, que raya en la demencia y en la compulsión del deseo de estar "bien

informado” de los ciudadanos afectados por este encierro. Ello aumenta los estados de ansiedad y depresión de manera alarmante porque el mundo parece depender solo de lo que anuncian los medios de comunicación. El mundo no pudo haber estado preparado para esto, no por falta de medios y de recursos, sino, sobre todo, por la incapacidad del hombre (o de la mujer) actual, para discernir y tener una postura crítica de estos juicios y/o fenómenos. Los medios manejan la retórica de la imagen y del lenguaje hablado para tocar más nuestra sensibilidad que nuestro intelecto. De ahí que sea muy difícil asumir con distancia y serenidad este acontecimiento inédito.

Considero que, por lo demás, todo estaba dado para este momento. Incluso el confinamiento obligatorio en el que medio mundo está ahora sumido. Ya nos habían preparado para esto. El “distanciamiento social” ya había tenido lugar, solo que no había sido nombrado. El acceso a internet, a los teléfonos inteligentes, a la televisión, etc., hace muchos años nos tiene sumidos en aislamiento voluntario. La tendencia del mundo capitalista era precisamente ese: aislarnos en mundos irreales, en amar más los dispositivos tecnológicos que a nuestros prójimos, por la única razón que lo más próximo ya no es el otro en su persona, sino el móvil o celular que me hace creer que “tengo el mundo en mis manos”. Ya estábamos preparados para esto. Posiblemente, el tal cambio que muchos vaticinan sea precisamente que dependeremos cada vez más de estos aparatos y de estos medios de comunicación. Igual nos habían preparado en el fenómeno de la globalización, pero solo nos dejaron ver su lado amable y positivo. El otro aspecto quedó como una acechanza peligrosa de mencionar. Ya no estamos en la época de un posible colapso mundial. Estamos en la era del Colapso mundial, que afecta todas las dimensiones de nuestra vida y la de todas las especies en esta tierra. Esta no será la última vez, sino la primera de muchas que se nos vienen.

De nuevo vuelve mi diablillo con su preguntadera: *¿Y entonces...? ¿Si la ciencia no piensa, entonces, “no existe”?*

Adenda

Extraña el silencio de los científicos ante el nuevo paradigma de cientificidad, exhibido por un magnate “filántropo”, otrora magnate de la computación y de los “antivirus” informáticos (personaje mediático que no tiene siquiera estudios universitarios), hoy el nuevo “gurú” de la epidemiología y la virología, y que, según él mismo, ha invertido gran parte de su fortuna por encontrar la vacuna contra la COVID-19 y “salvarnos” de una hecatombe pandémica que, ya él mismo (¡también!) había predicho.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Descartes, R. (1993). *El discurso del método*. Altaya.

Estenssoro, F. (2006). El concepto de ideología. *Revista de Filosofía*, 15, 97-111. https://www.researchgate.net/publication/28210395_El_concepto_de_ideologia

Habermas, J. y Díaz-Báez, J. (1970). Conversación con Heidegger (Trad. J. Díaz-Báez) [Tomado del No. 954-20-26 de octubre de 1969, del "Express"]. *Ideas y Valores*, (35-37), 87-96. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/idval/article/view/29089>

Han, B. -Ch. (2020). La emergencia viral y el mundo de mañana. En G. Agamben, S. Zizek, J.-L. Nancy, F. Berardi, S. López-Petit, J. Butler, A. Badiou, D. Harvey, B. -Ch. Han, R. Zibechi, M. Galindo, M. Gabriel, G. Yáñez-González, P. Manrique y P. Preciado (Eds.), *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia* (pp. 97-113). ASPO (Aislamiento Social Preventivo Obligatorio).

Heidegger, M. (1994). *Serenidad*. Ediciones del Serbal.

Hawking, S. (1988). *Breve historia del tiempo*. S.L. Epub.

Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. FCE.

Leibniz, G. (1983). *Monadología*. Orbis.